

LIBROS

La novela de una clase

¿Por qué la dedicatoria, con su despectivo segundo párrafo, que encabeza esta novela? ¿A qué viene arrancar de una interpretación tan sumaria del fenómeno que condiciona toda la última historia española, para desarrollar después, precisamente, las formas cotidianas del contexto en que nació? Este celtiberismo, consistente en nacionalizar hasta las tragedias, tan propio de los hidalgos caídos y perrechados en «el dolorido sentir», no constituye la mejor disposición para enfrentarse a una experiencia comprometida como es la de trazar, en estructura novelesca, las relaciones prevalentes en una determinada zona social al estallar la guerra civil. Es una pena que Camilo José Cela deje sentado ese prejuicio antes de empezar.

Por fortuna, «San Camilo, 1936», la reciente obra celiana (Ediciones Alfaguara), no es otra novela de la guerra, sino «una novela en la guerra», como le gusta decir al autor, quien solamente opina sobre nuestra lucha civil en la dedicatoria que hemos lamentado. Y diremos en seguida que la mayor debilidad de esta narración la supone justamente el resultado de la esporádica interferencia —por lo demás obligada para situar en el tiempo los sucesos que se relatan— de la noticia polí-

tica, formulada con la imparcialidad del que quiere instalarse más allá, o más acá, de la confusión en que aparece, cuando se mira desde muy cerca, una tan compleja contradicción social. No es fuerte de Cela, como se sabe, el análisis socio-político, ni siquiera en forma literaria, y hemos de agradecerle por tanto que no se permita escapatorias en esa dirección, aunque no haya podido resistir la tentación de la incursión inicialmente señalada. Los intentos de síntesis que trascienden la pura narración —esa escena del espejo tan reiterada y tan sospechosamente evocadora de las que vertebran «La mise a mort» de Louis Aragon— no la deterioran demasiado. Por otro lado, la voluntad de marginar todo posible apasionamiento aparece patente en parte de esa información, de modo especial en la referencia a los asesinatos del teniente Castillo y de Calvo Sotelo.

Cela, como Delibes, se pone al día en materia de técnica novelística. Aparte de la atracción ejercida por la moda, cabe pensar que Cela (como Cortázar en «Las babas del diablo»: «Nunca se sabrá cómo hay que contar esto, si en primera persona o en segunda, usando la tercera del plural o inventando continuamente formas que no servirán de nada») reflexionó, antes de poner manos a la obra, sobre el método a seguir para retratar con la máxima fidelidad aquel Madrid turbulento y desasosgado que dio paso al 18 de julio. Y entiendo que su mayor acierto radica en las consecuencias estilísticas de su reflexión. Sin llegar al nivel del virtuosismo de Jean-Paul Sartre en «Los caminos de la libertad», cuando relata los inciertos días del pacto

El "Ulises"

Hace 50 años comenzó a publicarse.

Hace 35 fue absuelto.

En 1914 James Joyce comenzaba a escribir *Ulises*, una gran suma teológica del fracaso de toda una civilización. En 1919 todavía no estaba terminada la redacción final, aunque la revista minoritaria *Egoist* publicó los capítulos II, III, VI y X. A partir de este año iba a comenzar una de las aventuras editoriales más significativas del siglo.

Extra Pound, que había conocido a Joyce en París, consiguió de éste permiso para que algunos capítulos del *Ulises* se publicaran en la revista americana *Little Review*, aunque temiendo complicaciones con la censura suprimió algunos párrafos del capítulo IV, ganándose la amonestación de Joyce. Pero la zorrería de Pound no estaba injustificada. En enero de 1919 la policía neoyorquina confiscó y quemó los ejemplares que contenían el episodio *Lestrygonians*. (Las entregas aparecían con títulos paralelos a la *Odisea* homérica.)

El ejemplar correspondiente a julio-agosto, con el episodio *Nausicaa*, cayó en manos de John S. Sumner, secretario de la Sociedad Neoyorquina para la Prevención del Vicio, quien lo denunció públicamente. El caso se vio el 14 y el 21 de febrero de 1921 y los delegados de la revista defendieron el *Ulises* como «demasiado oscuro y filosófico como para resultar corruptor», «una tentativa freudiana de revelar el subconsciente», «un libro futurista y experimental». Los jueces rechazaron la defensa y prohibieron la publicación de cualquier libro de Joyce.

Un año antes, Joyce había conocido en París a Sylvia Beach, una joven norteamericana expatriada, fundadora en París de la Shakespeare and Company. Esta muchacha fue la que entregó a Valery Larbaud los ejemplares de la *Little Review*. El comentario de Larbaud —considerado como el mejor crítico francés de literatura inglesa— fue: «... Desde que leo el «*Ulises*» no puedo pensar en otra cosa. Joyce es un escritor tan grande como Rabelais. Leopold Bloom es un personaje tan inmortal como Falstaff. De tal forma que, cuando aún estaba reciente la decisión del juez neoyorquino, Sylvia Beach pidió a Joyce la autorización para publicar íntegramente su libro.

El proyecto fue tirar mil ejemplares, y se recibieron pedidos de todo el mundo, incluidos los de la familia de Winston Churchill y Bela Kun. En virtud de una particular superstición, Joyce exigió que el libro se pusiera a la venta el día de su cumpleaños, esto es, el 2 de febrero de 1922, y pidió seis juegos de pruebas, que corrigió cada uno por su parte, de manera que las correcciones que aparecían en uno no tenían nada que ver con las que aparecían en los otros. Al cabo, el libro se publicó en la fecha prevista. T. S. Eliot le calificó de «inmediata obra maestra»; según



JAMES JOYCE

Hemingway, «maldito sea el universo si esto no es un libro maravilloso». Scott Fitzgerald estuvo dispuesto a tirarse por cualquier ventana para demostrar la admiración que sentía por el libro.

En octubre de 1922, *Egoist Press* lanzó una edición clandestina de dos mil ejemplares, de los que quinientos fueron quemados por las autoridades aduaneras de Nueva York. En enero de 1923, la misma editorial lanzaba otros quinientos ejemplares. De acuerdo con Sylvia Beach, *Odyssey Press* publicó cuatro ediciones sucesivas. Y, en 1926, la revista *Two Worlds Monthly* lanzó una edición pirata incompleta, en la que se escogen los párrafos más sexuales, ante lo que surge la protesta de ciento sesenta y siete intelectuales mundiales, encabezada por Joyce.

Y el *Ulises* se convierte en una obra universal. En 1927 se publica la primera traducción alemana. Dos años más tarde, A. Moinier pone a la venta una traducción francesa revisada por Joyce. En 1930 aparecen la versión checa y dos ediciones pirata japonesas. Y los editores americanos acuden al quite. En 1932, y tras haber consultado con sus asesores jurídicos, la editorial *Random House* pide a Joyce la prioridad para publicar el libro en los Estados Unidos. El caso vuelve a verse en los tribunales de Nueva York, ante el juez John M. Woolsey, que dicta veredicto el 6 de diciembre de 1933. «Tras maduras reflexiones, y a pesar de lo que pudiera ocurrir en determinadas circunstancias, considero que el efecto que «*Ulises*» ha de ejercer sobre los lectores no ha de ser forzosamente erotizante». Opinión ante la que apela el juez Martin T. Manton, esgrimiendo que «jamás ningún hombre carente de fe ha creado una obra maestra». La decisión final fue tomada el 9 de agosto de 1934 por la Corte Suprema, decidiendo que el libro podría venderse libremente en los Estados Unidos. Para James Joyce la aventura no había sido nada más que una ironía como cualquier otra, en relación con lo que Stephen Dedalus había dicho: «La literatura no es nada más que una eterna ratificación del espíritu del hombre».

EDUARDO CHAMORRO



CELA 69